

JOHN HIGGS

HISTORIA ALTERNATIVA
DEL SIGLO XX

MÁS EXTRAÑO DE LO QUE
CABE IMAGINAR

Traducción de Mariano Peyrou

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas. Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «Libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los Bosques Primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

*Para Lia, el giro argumental ocurrido tras los títulos de crédito del siglo XX,
y para Isaac, la escena cinemática anterior al comienzo del juego del siglo XXI.
Con todo mi amor.
Papá*

Título original: *Stranger than We Can Imagine: Making Sense of the Twentieth Century*
Primera edición en castellano: octubre de 2015

© 2015, John Higgs

© 2015, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2015, Mariano Peyrou, por la traducción

© Salvador Dalí, Fundació Gala-Salvador Dalí, VEGAP, Barcelona, 2015, por la imagen de cubierta

Foto © Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-306-1743-2

Depósito legal: B-18787-2015

Impreso en Lavel, S.A., Humanes (Madrid)

TA 1 7 4 3 2

Penguin
Random House
Grupo Editorial

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	11
1. LA RELATIVIDAD	
La eliminación del ónfalo	19
2. MODERNISMO	
El impacto de lo nuevo	43
3. LA GUERRA	
Iza ese trapo	63
4. EL INDIVIDUALISMO	
Haz lo que quieras	81
5. EL ELLO	
Debajo del asfalto está la playa	99
6. INCERTIDUMBRE	
El gato está vivo y muerto al mismo tiempo	115
7. LA CIENCIA FICCIÓN	
Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana ...	135
8. NIHILISMO	
Yo no me juego el cuello por nadie	153
9. EL ESPACIO	
Venimos en son de paz de parte de toda la humanidad	171
10. EL SEXO	
Mil novecientos sesenta y tres (un poco tarde para mí) ...	201
11. LOS ADOLESCENTES	
A uam ba buluba balam bam bu	221
12. CAOS	
Una mariposa bate las alas en Tokio	239

13. EL CRECIMIENTO	
El inversor de hoy no saca provecho del crecimiento de ayer	257
14. POSMODERNISMO	
Resulta que tengo al señor McLuhan aquí mismo	281
15. LA RED	
Un planeta de individuos	301
AGRADECIMIENTOS	321
NOTAS Y FUENTES	323
BIBLIOGRAFÍA	335
ÍNDICE ANALÍTICO	341

«Necesitábamos hacer lo que quisiéramos.»
KEITH RICHARDS

INTRODUCCIÓN

En el año 2010, la galería Tate Modern de Londres organizó una retrospectiva del pintor posimpresionista francés Paul Gauguin. Al recorrer esa exposición, uno pasaba horas inmerso en la visión idealizada que tenía Gauguin de Tahití, al sur del Pacífico, a finales del siglo XIX. Aquel era un mundo de un colorido vívido y una sexualidad libre de culpa. Los cuadros de Gauguin no distinguen entre la humanidad, la divinidad y la naturaleza, de modo que cuando uno llegaba al final de la exposición sentía que comprendía el Edén.

Entonces, los visitantes pasaban a la sección de la Tate dedicada al siglo XX. No había nada que los preparase para la brutal experiencia que suponía ese cambio.

Allí estaban las piezas de Picasso, Dalí, Ernst y muchos otros. Uno se preguntaba de inmediato si la iluminación era distinta, pero eran las obras de arte las que hacían que la sala pareciera más fría. En la paleta de colores predominaban los marrones, grises, azules y negros. En algunos lugares aparecían salpicaduras de un rojo fuerte, pero de una manera que no proporcionaba ningún alivio. Con la excepción de un retrato tardío de Picasso, los verdes y los amarillos estaban completamente ausentes.

En esos cuadros se veían paisajes extraños, estructuras incomprendibles y sueños angustiosos. Las pocas figuras humanas que había eran abstracciones, formas, y no tenían ningún contacto con el mundo de la naturaleza. Las esculturas eran igualmente hostiles. Un ejemplo era la pieza *Cadeau* [Regalo] de Man Ray, una plancha

con unos clavos saliendo de su base para dejar hecha jirones cualquier tela que uno intentara planchar.

En el estado de ánimo creado por las visiones de Gauguin, el encuentro con todo esto no resultaba agradable en absoluto. En esa sala no había compasión. Habíamos entrado en el reino abstracto de la teoría y los conceptos. Viniendo directamente de unas obras que hablaban al corazón, el cambio súbito a unas obras orientadas exclusivamente a la cabeza era bastante traumático.

Los cuadros de Gauguin llegaban hasta su muerte, en 1903, de modo que podríamos haber esperado que la transición a la parte del museo dedicada al siglo xx hubiera sido más suave. Es cierto que su obra no es nada representativa de su tiempo, y que solo comenzó a ser apreciada ampliamente después de su muerte, pero en cualquier caso esa transición tan brusca nos obliga a plantearnos una pregunta muy sencilla: ¿qué demonios le sucedió a la psique humana a comienzos del siglo xx? La Tate Modern es un lugar muy apropiado para hacerse esta clase de preguntas, ya que es una especie de santuario del siglo xx. El significado de la palabra «moderno», en el mundo del arte, siempre estará asociado con ese periodo. Vista bajo esa luz, la popularidad de este museo revela tanto nuestra fascinación por ese periodo como nuestro deseo de comprenderlo.

Había una antecámara que separaba ambas exposiciones, y su pieza más llamativa era un boceto de una ciudad industrial del siglo xix, obra del artista italogriego Jannis Kounellis, dibujada al carboncillo directamente sobre la pared. Este boceto era bastante minimalista y no incluía figuras humanas. Encima tenía colgados una urraca muerta y un cuervo encapuchado, sujetos a la pared por medio de flechas. No estoy seguro de qué estaba tratando de expresar el artista, pero para mí aquella habitación servía de advertencia sobre la sala a la que uno iba a entrar a continuación. Hubiera sido más atento, por parte de la Tate Modern, emplear esa habitación como una especie de cámara de descompresión, para evitar que los visitantes, debido a las obras de arte que iban a ver, sufrieran un síndrome similar al que aqueja a los buzos.

Los pájaros muertos, según indicaba el texto que acompañaba la obra, «se han considerado como símbolos de la agonía de la li-

bertad imaginativa». Pero en el contexto en que estaban, entre Gauguin y el siglo xx, surge otra interpretación que parece más adecuada. Fuera lo que fuera lo que había muerto encima de aquella ciudad industrial del siglo xix, no fue la libertad imaginativa. Por el contrario, ese monstruo estaba a punto de surgir de las profundidades.

Hace poco estaba comprando unos regalos de Navidad y entré en mi librería habitual en busca de un libro de Lucy Worsley, la historiadora favorita de mi hija adolescente. Si uno tiene la suerte de ser padre de una hija adolescente que tiene una historiadora favorita, no necesita hacer nada para fomentar este interés.

Los libros de historia estaban en el rincón más recóndito de la cuarta planta, en lo más alto del edificio. Daba la impresión de que la historia fuera el relato de unos ancestros enloquecidos que debiéramos ocultar en el desván, como esos personajes de *Jane Eyre*. No tenían el libro que yo buscaba, así que saqué el teléfono para comprarlo *online*. Quise cerrar la aplicación de un periódico que tenía abierta, apreté el icono equivocado y, sin querer, hice que empezara un discurso que había dado Obama unas horas antes. Estábamos en diciembre de 2014, y estaba hablando de si el *hackeo* a Sony, del que el presidente estadounidense responsabilizaba a Corea del Norte, debía considerarse un acto de guerra.

Cada cierto tiempo ocurre algo que me hace pensar en lo extraña que puede llegar a ser la vida en el siglo xxi. Ahí estaba yo, en la ciudad inglesa de Brighton, sujetando un delgado artilugio de cristal y metal construido en Corea del Sur, que funcionaba con *software* norteamericano y que podía mostrarme al presidente de Estados Unidos amenazando al líder supremo de Corea del Norte. De repente me di cuenta de lo distinto que era el comienzo del siglo xxi de cualquier época anterior. De toda esta anécdota, ¿qué habría resultado más increíble a finales del siglo pasado? ¿Que existiera ese artilugio que me permitía ver al presidente de Estados Unidos mientras iba de compras? ¿Que la definición de «guerra» hubiera cambiado tanto que ahora incluía poner en

una situación embarazosa a los ejecutivos de Sony? ¿O que los compradores que me rodeaban hubieran aceptado con toda naturalidad la milagrosa retransmisión que yo había hecho involuntariamente?

En ese momento me encontraba junto a la sección de historia del siglo xx. Había algunos libros maravillosos en las estanterías, gruesos volúmenes llenos de detalles sobre el siglo del que más sabemos. Esos libros funcionan como un mapa de carreteras; pormenorizan el viaje que emprendimos para llegar al mundo en que vivimos ahora. Cuentan una historia claramente definida de los grandes movimientos del poder geopolítico: la Primera Guerra Mundial, la Gran Depresión, la Segunda Guerra Mundial, el siglo americano y la caída del Muro de Berlín. Sin embargo, esa historia no logra explicarnos el paso al mundo actual, en el que nos encontramos a la deriva en un sistema de vigilancia constante, con una competencia insostenible, entre tsunamis de datos banales y oportunidades extraordinarias.

Imaginemos que el siglo xx es un paisaje que se extiende ante nosotros. Imaginemos que los acontecimientos históricos son montañas, ríos, bosques y valles. Nuestro problema no es que esta época esté oculta a nuestra vista, sino que sabemos demasiado sobre ella. Todos sabemos que en este paisaje se hallan las montañas de Pearl Harbor, el *Titanic* o el *apartheid* de Sudáfrica. Sabemos que en su centro se encuentran el páramo desolador del fascismo y la incertidumbre de la Guerra Fría. Sabemos que la gente de este territorio puede ser cruel, que está desesperada, que vive con miedo, y sabemos por qué. Hay mapas, catálogos y documentos que dan cuenta minuciosamente de cómo es dicho territorio, hasta un punto que puede resultar abrumador.

Cada uno de los libros de historia que tengo delante recorre un sendero diferente a través de este territorio, pero esos senderos no son tan distintos como podría imaginarse. Muchos están escritos por políticos o periodistas políticos, o tienen una fuerte orientación política. Desde su punto de vista, fueron los políticos quienes definieron ese problemático periodo, por lo que siguen un sendero que cuenta así la historia. Otros libros han analizado senderos

que atraviesan el arte o la tecnología de la época. Tal vez estos sean más útiles, pero puede parecer que son demasiado abstractos, que se encuentran alejados de la vida humana. En todo caso, aunque estos senderos difieren, también convergen en autopistas muy transitadas.

Encontrar un sendero distinto para recorrer este territorio es un reto formidable. Un viaje a través del siglo xx puede parecer una empresa épica. Los valientes aventureros que se embarquen en ella deberán enfrentarse, en primer lugar, con tres gigantes llamados Einstein, Freud y Joyce. Deberán pasar por el bosque de la indeterminación cuántica y por el castillo del arte conceptual. Tendrán que evitar a las gorgonas de Jean-Paul Sartre y Ayn Rand, cuyas miradas pueden convertirlos en piedra, desde el punto de vista emocional, si no desde el físico, y deberán resolver los enigmas de las esfinges de Carl Jung y Timothy Leary. Y entonces es cuando las cosas se ponen verdaderamente complicadas. El desafío final es superar como sea la ciénaga del posmodernismo. Si somos sinceros, no se trata de un viaje muy apetecible.

Muy pocos de los aventureros que abordan el siglo xx logran atravesar el posmodernismo y pasar al otro lado. Lo más habitual es que admitan su fracaso y se retiren al campamento base. Esta es la concepción del mundo que había a finales del siglo xix, justo al lado de la frontera: un territorio seguro y amigable. Nos sentimos cómodos con los grandes descubrimientos que hubo hasta entonces. Las innovaciones como la electricidad o la democracia nos parecen comprensibles y las asimilamos sin problemas. Pero ¿es ese realmente el mejor lugar en el que podemos estar? El siglo xxi no va a tener ningún sentido si lo miramos con ojos del xix.

El territorio del siglo xx incluye zonas oscuras, bosques espesos y profundos. Los senderos establecidos suelen evitar estas zonas; las visitan brevemente y se escapan en cuanto pueden, como si temieran quedarse enredados ahí. Son zonas como la relatividad, el cubismo, la batalla del Somme, la mecánica cuántica, el ello, el existencialismo, Stalin, la psicodelia, la teoría matemática del caos y el cambio climático. Tienen fama de parecer difíciles al principio e ir volviéndose cada vez más confusas a medida que uno las estu-

dia. Cuando aparecieron por primera vez, eran tan radicales que para poder entenderlas hacía falta cambiar sustancialmente la imagen que uno tenía del mundo. En el pasado parecían aterradoras, pero ya no es así. Somos ciudadanos del siglo XXI. Hemos dejado atrás el ayer. Estamos a punto de encontrarnos con el mañana. Podemos atravesar los oscuros bosques del siglo XX sin nada que temer.

Este es, pues, nuestro plan: vamos a emprender un viaje por el siglo XX, durante el cual nos saldremos de las autopistas principales y nos dirigiremos hacia los bosques oscuros en busca de tesoros ocultos. Somos conscientes de que un siglo es un periodo de tiempo arbitrario. Los historiadores dicen que el siglo XIX fue largo (1789-1914) y que el XX fue corto (1914-1991), porque estos periodos tienen principios y finales muy claros. Pero para nuestros propósitos, los límites del siglo XX funcionan bien, porque nuestro viaje comienza cuando las cosas dejaron de tener sentido y nos lleva hasta el presente.

Si queremos llegar a buen fin, tendremos que ser selectivos. Hay millones de temas que valdría la pena incluir en un relato de este periodo, pero no podemos ir muy lejos si nos detenemos en todas nuestras cuestiones favoritas llevados por la nostalgia. Hay mucha literatura fascinante e interminables debates sobre cualquier asunto que nos podamos plantear, y deberemos evitar a toda costa perder demasiado tiempo con ellos. Tenemos que cumplir una misión; no estamos en un viaje de crucero. No partimos como historiadores, sino como viajeros curiosos, o como aventureros con un itinerario previsto, ya que nos embarcamos con una idea muy clara de a qué vamos a prestarle atención.

Nuestro plan es observar lo que fue verdaderamente nuevo, inesperado y radical. No nos preocupan los efectos colaterales de estas ideas, así que se puede dar por sentado que todo lo que examinaremos provocó en su día un gran escándalo, causó indignación y fue objeto de furiosas denuncias por parte del statu quo. Estas reacciones son una parte importante de la historia, pero si nos centramos en ellas podemos perder de vista lo esencial y novedoso. A lo que prestaremos atención es a la dirección hacia donde apuntan estas

nuevas ideas; de un modo muy coherente, apuntan en una dirección similar.

A todas las generaciones les ocurre que hay un momento de la vida en el que la memoria se convierte en historia. El siglo xx está desvaneciéndose en la distancia y ahora podemos empezar a verlo con cierta perspectiva. Los acontecimientos que tuvieron lugar en ese periodo dan ahora la impresión de pertenecer a la categoría de la historia, por lo que es el momento adecuado para evaluarlos.

Aquí, entonces, comienza una ruta alternativa a través del paisaje del siglo xx. Su objetivo es el mismo que el de todos los senderos: llevarnos a donde estamos yendo.





UNO: LA RELATIVIDAD

Albert Einstein en Chicago, c. 1930 (Trascendental Graphics/Getty).

LA ELIMINACIÓN DEL ÓNFALO

La tarde del 15 de febrero de 1894¹, el anarquista francés Martial Bourdin salió de su habitación alquilada de Fitzroy Street, en Londres. Llevaba una bomba de fabricación casera y una gran cantidad de dinero. Hacía un día soleado², y se subió en un tranvía descubierta, tirado por caballos, en Westminster, que lo llevó hasta Greenwich, al otro lado del río.

Tras bajarse del tranvía, cruzó a pie el parque de Greenwich en dirección al Observatorio Real. La bomba explotó demasiado pronto, cuando todavía estaba en el parque. La explosión le destrozó la mano izquierda y una buena parte del estómago, pero no causó daños en el observatorio. Un grupo de escolares lo encontró tirado en el suelo, confuso y pidiendo que lo llevaran a casa. Más tarde se encontrarían restos de su cuerpo y sangre a más de cincuenta metros de distancia. Bourdin murió treinta minutos después de que explotara la bomba, sin dejar ninguna explicación sobre sus actos.

El agente secreto (1907), del escritor polaco Joseph Conrad, se inspiró en estos hechos. Conrad resumió la perplejidad general que provocó Bourdin al describir la explosión de la bomba como «una sangrienta insensatez tan estúpida que resulta imposible comprender su origen mediante un proceso de pensamiento racional e incluso irracional [...]. Uno se enfrentaba al hecho de que un hombre había quedado hecho pedazos por algo que ni remotamente podía parecer una idea, anarquista o no»³.

No era la postura política de Bourdin lo que desconcertaba a Conrad. El significado del término «anarquismo» ha ido cambiando a lo largo del último siglo, de modo que ahora se lo suele entender

como una ausencia de reglas en la que todo el mundo puede hacer lo que quiera. En la época de Bourdin, el anarquismo se centraba más en el rechazo de las estructuras políticas que en las demandas de una libertad personal ilimitada. Los anarquistas del siglo XIX no exigían el derecho a la libertad total, sino el derecho a que no los controlaran. No reconocían «ni Dios, ni amo», como dice uno de sus eslóganes. Desde el punto de vista de la teología cristiana, cometían el pecado de la soberbia. Así había sido la rebelión de Satanás, ese era el motivo por el que había sido expulsado del Cielo: *non serviam* (no serviré).

Tampoco es que Conrad se sintiera confundido por el deseo de Bourdin de poner una bomba. Estaban en un periodo violento, con numerosos atentados anarquistas, que comenzó con el asesinato del zar ruso Alejandro II, en 1881, y se extendió hasta el principio de la Primera Guerra Mundial. A esto contribuyeron la facilidad para conseguir dinamita y el concepto anarquista de «la propaganda de los hechos», según el cual los actos individuales de violencia tenían un valor en sí mismos porque servían para inspirar otros actos similares. El anarquista Leon Czolgosz, por poner un ejemplo, logró asesinar al presidente de Estados Unidos, William McKinley, en septiembre de 1901.

No, lo desconcertante de la cuestión era esto: si uno fuera un anarquista suelto en Londres con una bomba, ¿por qué dirigirse al Observatorio Real de Greenwich? ¿Por qué era un objetivo mejor que, por ejemplo, el palacio de Buckingham o el Parlamento? Estos dos edificios estaban más cerca de donde vivía Bourdin, eran mucho más conocidos y simbolizaban el poder del Estado. ¿Por qué no había tratado de hacer volar esos emblemáticos lugares? Daba la impresión de que había identificado algún aspecto o característica del Observatorio Real que le parecía lo bastante significativo como para arriesgar su vida por destruirlo.

En los acontecimientos y los relatos inspirados por el intento de atentado de Greenwich, el objetivo no llama demasiado la atención. La explosión fue novelada por Conrad, y ese libro influyó en el terrorista estadounidense Ted Kaczynski, más conocido como Unabomber. Alfred Hitchcock adaptó la historia para su película *Sabotaje*, de 1936, en la que ponía al día el viaje del anarquista por Londres; en vez de en un tranvía tirado por caballos, se desplazaba en un moderno autobús. Hitchcock hizo que su bomba explotara antes, cuando el au-

tobús estaba en The Strand, prefigurando de forma espeluznante el incidente que sucedería sesenta años más tarde, cuando un terrorista del IRA hizo estallar una bomba involuntariamente en un autobús junto a esa misma calle.

Pero el hecho de que el objetivo del atentado resultara incomprendible para Conrad no significa que no tuviera ningún sentido para Bourdin. Como afirma el autor *cyberpunk* William Gibson, «el futuro ya está aquí, pero no está repartido equitativamente»⁴. Las ideas no se expanden de manera uniforme, y viajan a velocidades imprevisibles. Quizá Martial Bourdin atisbaba algo que se parecía remotamente a una idea y que era invisible para Conrad. Al comenzar el siglo xx, la lógica que había en su propósito empezó a aclararse poco a poco.

La Tierra avanzaba a toda velocidad por el espacio. En su superficie, los caballeros consultaban sus relojes de bolsillo.

Era el 31 de diciembre de 1900. La Tierra giraba alrededor del Sol y los minutereros se movían en las esferas de los relojes. Cuando las dos manecillas apuntaran al número 12, significaría que la Tierra, tras desplazarse miles de kilómetros, habría alcanzado la posición requerida en su circuito anual. En aquel momento, comenzaría el siglo xx.

Hay un concepto procedente de la Antigüedad, el concepto de ónfalo. El ónfalo es el centro del mundo o, más exactamente, lo que se creía que era el centro del mundo. En un contexto religioso, el ónfalo era también el punto de contacto entre el cielo y la tierra. A veces se llamaba el ombligo del mundo o *Axis Mundi* (eje del mundo), y solía representarse físicamente por medio de un objeto como un pilar o una piedra.

El ónfalo es un símbolo universal, común a casi todas las culturas, pero situado en diferentes lugares. Para los antiguos japoneses, era el monte Fuji. Para los sioux, eran las Colinas Negras. Según la mitología griega, Zeus soltó dos águilas para encontrar el centro del mundo. Las aves se situaron sobre Delfos, de modo que este lugar se convirtió en el ónfalo griego. La misma ciudad de Roma era el ónfalo para los romanos, ya que todos los caminos llevaban allí. Más adelante, el centro de los mapas de los cristianos pasaría a ser Jerusalén.

La Nochevieja de 1900, el ónfalo global era el Observatorio Real de Greenwich, al sur de Londres.